

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XXVI · HERMÍONE Y ELIS

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

HERMÍONE Y ELIS

XXVI

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 118

Hermíone y Orestes

La relación de la paternidad dionisiaca con la apolínea ha encontrado en el mito de la unión de Hermíone con Orestes una expresión que merece una breve consideración. Por muchas vueltas que muestre (Pínd. *Nem.* 7, 43; Sófocles en Eustacio a *Hom.* 1479, 10 s.; Serv. *Aen.* 3, 330 y 297; 11, 264; Heyne, *Excurs.* 12 a *Aen.* 3), en todas partes aparece el doble cortejo de Orestes y Neoptólemo como el verdadero centro, y la victoria de Orestes como el desenlace de la disputa. **En eso se repite la relación de Dionisos con Apolo. Como aquél está por debajo de Apolo como potencia luminosa más impura, así el hijo de Aquiles por debajo de Orestes-Aqueo** (Plut. *de Pyth. oracc.* 14). Orestes comparte la pureza apolínea de la luz. Con ayuda de Apolo y de la Atenea sin madre ha llevado el derecho paterno a la victoria completa, y en la conducción de la imagen táurica de Ártemis como en la subordinación de la hermana al principio superior del hermano ha consumado su tarea en todos los terrenos (Euríp. *Ifig. Taur.* en especial 77-92 y 914-953). Neoptólemo, en cambio, muestra como su padre Aquiles el grado más hondo, dionisiaco-material, de la masculinidad, que no alcanza la plena altura de la luz.

La naturaleza dionisiaca de Aquiles se destaca en muchos rasgos. En su grado más hondo, compendio de la potencia telúrica del agua —Aquiles de Acha-Aqua, llamado Ligurón por los arroyos de claro sonido (Apolod. 3, 16, 6)—, en su naturaleza acuática como corredor de pies veloces, venerado como señor de la [†] (Escol. Apol. Rh. Arg. 658, p. 424 Keil; Tzet. *Lic.* 192-193; Hesiquio [†]; Escol. Pínd. *Nem.* 4, 79, p. 452 B.; Plin.

4, 12, 26; 4, 13; Plut. *Qu. gr.* 37; Hutt. 8, 397; Dión Crisóst. *or. Borysthen.* Reiske 2, 78-80; Clark, *choix de médailles d'Olbiopolis*, París 1822, p. 20; Muralt, *Achill und seine Denkmäler in Südrussland*, Petersburgo 1839, p. 17, n. 6; Baehr a Herod. 4, 55, n. 76), **asciende Aquiles al éter, donde, comparable a los Dióscuros y representado como ellos a caballo** (Filóstr. *Her.* 19, p. 329 Kayser; Pausan. 10, 13, p. 829; Serv. *Aen.* 11, 90), **se manifiesta en fenómenos luminosos y fecundantes de la tempestad** (Filóstr. *vita Apoll.* 4, 16); **es vestido con la naturaleza de Lunus y unido en la isla lunar luminosa de Leuce con Helena** (Pínd. *Nem.* 4, 50; Paus. 3, 19; Filóstr. *Her.* 19, pp. 327-328 Kayser; Escol. Pínd. *Nem.* 4, 79, p. 455 B.; Filóstr. *V. Ap.* 4, 16; 7, 25), **y por eso representado como Dionisos de modo hermafrodita** (Serv. *Aen.* 1, 34; Tertul. *de pallio* 4; [†] en Salmasio a Tertul. p. 278; Muralt p. 69, n. 57); **en Esciro con vestido de mujer** (Luciano, *dial. meretr.* 5; ed. Bip. 8, 217: [†]; Aristónico en *Fr. h. gr.* 4, 336, 1: [†]; Estacio, *Achill.* 1, 260 y 336); **negro y blanco como Dionisos, porque como él pertenece del todo al mundo que deviene y al ocaso eterno** (Filóstr. *Her.* 19, p. 325; Luciano, *Prometh.* 4; *Hymn. Orph.* 71, 5: [†]; Bachofen, *G. S.*, pp. 4 ss.); **la fuerza unida del fuego y del agua como fundamento de toda generación terrestre, y por eso celebrado en una fiesta del fuego semejante a la lemnia** (Filóstr. *Her.* 19), **concebido como [†] y como Prometeo** (Ptolem. *Hefestión*, *Nov. hist.* 1, p. 183; Westermann, *Fr. h. gr.* 4, 33; Hesiquio [†]; Plut. *in Pyrrho* 1; Focio, *Bibl.* c. 244), **puesto en conexión con los terremotos** (Zósimo 4, 18; 5, 6), **dáctilo ideo** (Serv. *Aen.* 1, 34) **y estrechamente emparentado con el trabajo del bronce** (Bachofen, *Gr. S.*, pp. 56-57).

Así, del todo paralelo a la naturaleza dionisiaca, aspira Aquiles por encima del cielo nocturno a la región del sol, y encuentra con su hijo, que Ifigenia le dio a luz en Esciro (Duris de Samos en *Fr. h. gr.* 2, 470, 3; Escol. Pínd. *Nem.* 4, 79, p. 455 B.), acogida en Delfos, aunque como potencia luminosa menor, que sucumbe al proyectil de [†] (Filóstr. *Her.* 19, p. 323 Kayser, a partir de las palabras [†]; Virg. *Aen.* 3, 332; 3, 85; 6, 57; Est. Biz. [†]; *Il.* 22, 355; Paus. 1, 13, p. 33; Serv. *Aen.* 3, 333; Paus. 4, 17, p. 321; 10, 24, p. 858; Plut. *in Gryllo* en Hütten 13, p. 221). Su presentación la ha recibido todo este desarrollo, que avanza de abajo hacia arriba, del telurismo a la pureza solar, en el relato de Filóstrato, *vita Apoll.* 4, 16. Cinco codos de altura sale Aquiles del sepulcro; luego su estatura crece hasta diez; por último alcanza la docena plena. Con el cinco entra Aquiles a menudo en conexión. «Quinque operimenta» tiene su escudo en Gelio 14, 6, 4. Cinco preguntas se le dirigen en Filóstrato, l. I. Como dáctilo se lo llama en Creta Pemptus en Serv. *Aen.* 1, 34. El cinco es la expresión del [†] —del matrimonio—, en el que se aparean la fuerza del fuego y la del agua (Varrón, *L. L.* 5, p. 67 Spengel; Bachofen, *G. S.*, § 21); lo hemos encontrado como número dionisiaco en Alejandría, donde en la pompa se lleva a Baco [†] según Athen. 5, 198 C. Si en el número decimal se destaca el principio material-femenino en su consumación, y Aquiles se muestra así como Pemptus y Decimus en la naturaleza del «Dens Luna» que domina el año de diez meses (cf. Escol. Teócr. *Id.* 2, 10), como Duodecimus queda sustraído a los límites del mundo material y elevado a la consumación de la naturaleza solar, hacia la que todo su ser pugna.

Como Apolo lleva ahora cabellera de oro (Estacio, *Achill.* 1, 162; Sóf. *Filoct.* 334-336), como él porta la lira y se goza, sustraído al

dolor de la caducidad, en su pura armonía (Hom. *Il.* 9, 189; Athen. 14, p. 633 C.; Plut. *de mus.* 40). Como el santuario délfico de Apolo, también su isla es ahora [†] (Filóstr. *Her.* 19, p. 329), y como Apolo, así también él es ahora unido en Atenas a la virginal Atenea sin madre (Zósimo 4, 18; 3, 6).

Según la misma sucesión de grados se edifica el desarrollo de la paternidad en la naturaleza divina de Aquiles. Como potencia telúrica del agua está tan subordinado a la madre como el mar al «gremium terrae matris» que lo encierra. Junto a la inmortal Tetis desaparece Peleo, el hombre del pantano, el dragón transitorio y que fecunda invisible de la profundidad húmeda. En relación exclusiva con el hijo se vuelve Tetis el modelo del amor materno, de su orgullo, de toda su preocupación y, después de la muerte del joven, de todo su dolor (Serv. *Aen.* 12, 156; Estacio, en la consolación de las madres; 1, 318); Aquiles mismo, un verdadero Penteo al que lloran las Nereidas, un Adonis al que lloran todas las diosas, en cuyo destino rápidamente cumplido reconocen la ley de toda vida (Paus. 6, 23, 2 comparado con Teócr. *Id.* 15, 100 ss.).

Así, hijo de madre por su origen y arraigado en el grado cultural pelasgo —que manifiesta en la invocación del Zeus dodoneo-pelasgo—, conduce la vida sexual hacia una pureza mayor. Aparece como fundador del matrimonio, como [†] —el que consuma las bodas— igual que Dionisos, y por eso es comparado al [†] ateniense, que dio padre a los nacimientos y los elevó de «unilaterales» a [†] (Eustacio a *Il.* 6, 491 en *Fr. h. gr.* 3, 638, 10, unido con Athen. 13, 1, p. 556; Welcker, *Prometh.* p. 186, n. 281; *Il.* 9, 393). Como Peito masculino, mediando entre Zeus y Hera, consagra como representante del principio

conyugal, como combatiente del afroditismo asirio-troyano, su vida al Atrida y a la venganza del lecho conyugal violado (Paus. 3, 24, p. 273; *Il.* 1, 152 ss.).

Él mismo está, como Dionisos, del todo orientado al amor sexual y a la unión amorosa. Como el sonido de la trompeta hace salir de las aguas al dios con pie de toro, así la tuba tirrena despierta en Aquiles, en Esciro, donde vive entre mujeres como una mujer, la conciencia de la masculinidad. En Hierápolis se une con Helena a la gran diosa madre, que en las monedas lleva el falo sobre su seno (Luciano, *dea Syria* 40; *Revue Numismat.* 1859, octubre). En el sitio de Monoenia gana el amor de una muchacha (Escol. *Il.* Z. 35), como fecunda a Deidamía, rapta a Ifigenia a Esciro, anhela la unión amorosa con Políxena, con Helena, con Hemítea, reconoce la belleza de la Pentesilea moribunda, rapta a Estratónice, la madre de Pemandro (Plut. *Qu. gr.* 37), y en Homero *Il.* 9, 393 recuerda con nostalgia la unión conyugal en su casa, junto al hogar de Peleo. Pero toda esa añoranza no puede la vida cumplírsela. Como con Psique llega Eros a la unión duradera sólo en el mundo uranio, así el Pelida goza, por gracia de las Moiras (Filóstr. *Her.* 19, p. 237 Kayser) en la isla lunar luminosa y solitaria, la tierra celeste purificada: él, el más hermoso de los héroes, unido a la más espléndida de las mujeres, la bienaventuranza que la existencia telúrica e inquieta no puede dar.

...y realiza así en Leuce, para la existencia humana, el modelo del orden cósmico, que asigna al sol a la luna en eterna y exclusiva unión. Como grado de la paternidad aquilea se presenta por eso aquel mundo medio lunar, cuya naturaleza

incompleta ha recibido su expresión más señalada en la lucha que Aquiles prosigue también después de la muerte y en el nombre de su hijo ([†] —«el que aún lucha»—).

La lucha renovada de Neoptólemo contra el peso del telurismo, del que su padre había salido, su nuevo pugilato por la naturaleza apolínea, que llevó a Aquiles a la muerte, no nos sale al encuentro en ninguna parte con realización física y ética más consumada que en la tragedia *Filoctetes*, una de las obras más perfectas de la musa sofoclea, ensalzada por Dión Crisóstomo (*Or.* 52). Colocado en el medio entre el *Filoctetes* enteramente telúrico-hefáístico, en cuya herida que supura y en cuyo sufrimiento sin esperanza se representa la miseria del grado vital puramente ctónico, y la naturaleza apolínea consumada de Heracles, Neoptólemo mismo participa del ser de ambos; por eso es amado primero por Filoctetes y luego rechazado por él, y ahora mirado con tanta desconfianza como antes saludado con alegría. Amigo de la naturaleza telúrica más honda de Neoptólemo, el penitente lemnio no tiene comprensión para aquella meta más alta a la que el Aquilida subordina su dolor por la pérdida de la armadura paterna y su sentimiento de venganza contra Odiseo. Sólo por sus flechas se duele; el regreso a las playas calcidónicas es su único pensamiento. A las exhortaciones y ruegos de Neoptólemo no opone tanto la resistencia consciente de su propia convicción cuanto la inaccesibilidad de una naturaleza presa de un grado religioso inferior. En loco extravío se alegra de que Neoptólemo sacrifique al fin su mejor decisión a la palabra dada y, en lugar de avanzar al grado más alto, ceda al *Filoctetes* más profundo. En la restitución de las flechas está el triunfo del telurismo hefáístico, al que el hijo de Aquiles, tras

media victoria, retrocede a disgusto y forzado, como incendia en Sición el templo de Apolo (Paus. 2, 5, 5; cf. Escol. Pínd. *Nem.* 6, 47, 58, 62, 68). Pero lo que él no logra consumir, lo lleva a término la pureza más alta de Heracles. El héroe del arco no puede admitir que el principio impuro del dios que la madre dio a luz sin padre se lleve la victoria (1409), y que el engaño de la armadura de bronce, con la confianza en la fuerza puramente física, siga siendo toda la esperanza del hombre (1404-1408). No para volver a las playas calcidónicas es saludada Lemnos por los que parten (1409), sino para seguir hasta el fin el camino a medias recorrido. En que la defensa de bronce sea entregada al proyectil de la fuerza divina superior descansa la victoria final del principio heracleo de la luz sobre el telurismo hefaístico. Ilión cae por segunda vez y para siempre (1439); el fuego material impuro de Paris sucumbe a la perdición; la herida de Filoctetes que propaga la peste, la que la serpiente de la muerte de la profundidad mordió a traición (1329-1335), es curada sin dolor por Apolo. ¡Cuán engañosa e impotente aparece ahora la defensa de bronce que la madre recibió de Hefesto y que no supo mandar a la muerte! ¡Y cuán sabiamente obró Neoptólemo al dejarla al Laertiada y esperar la salvación de la flecha más poderosa de Heracles!

El pugilato de Aquiles por la naturaleza apolínea de la luz retorna en toda esta concepción. Es a la vez expresión del desarrollo histórico del pueblo helénico y modelo de lo que constituye la tarea y la salud de cada hombre singular. Si es verdad lo que uno podría inclinarse a suponer, que Sófocles unió por primera vez al hijo de Aquiles con el Laertiada, mientras por lo demás junto a Odiseo aparece Diomedes (Higino *f.* 102; Quint. Esmirn. 9, 460; Filóstr. *Her.* 5), hay en eso una prueba tanto más

fuerte de qué naturaleza prestaba la Antigüedad al linaje de los Aquilidas, y qué relación reconocía entre el nombre de Neoptólemo y la consigna de «ser siempre el primero y sobresalir sobre los demás». Purificar la llama impura hefáística hasta la apolínea pura, vencer en aquélla la tierra y su maternidad (391), llevar a representación en ésta el espíritu paterno de la luz y su inmortalidad: ése es el esfuerzo supremo del hijo de Tetis y de su engendrado. En eso descansa la recepción de ambos en el santuario délfico, y en eso su relación con Apolo, al que pugnan por alcanzar con fuerza siempre renovada sin lograrlo, y al que por eso se enfrentan a la vez como amigo y como enemigo.

Si retenemos esta naturaleza, gana su explicación y su pleno sentido el doble cortejo de Neoptólemo y Orestes por la mano de Hermíone. A ambos, uno tras otro, es unida la hija de Menelao. Pero Neoptólemo es el primer esposo y Orestes el segundo (Paus. 1, 11, 1; 1, 33, 7; 2, 18, 5); por eso Hermíone queda sin hijos de aquél, y sólo de éste es madre de Tisámenes. Desposada con Neoptólemo, como en Homero *Od.* 4, 4 ss., toma Hermíone la naturaleza de la esposa dionisiaca, como Aquiles en Esciro aparece del todo dionisiaco-material (Estacio, *Ach.* 1, 6 y 593 ss.; *Fr. h. gr.* 1, 183) y Neoptólemo parte precisamente de Esciro para la fiesta nupcial de Hermíone (Paus. 3, 25, 1; 3, 26, 5); unida a Orestes, en cambio, rinde homenaje al grado apolíneo del derecho paterno, y representa la victoria suprema del puro principio de la luz. Así nos presenta Eurípides en el *Orestes* la naturaleza de esta segunda unión. La entrega de Hermíone a Orestes aparece en este punto como consecuencia de la venganza que él ejerció por la muerte del padre, y en unión inmediata con la sentencia

absolutoria del Areópago. Apolo anuncia a su favorito las dos cosas: el juicio de los celestes y el feliz cortejo de Hermíone. «Pero aquel que pretende desposarla, Neoptólemo, no la tendrá jamás» (1665). El hijo de Aquiles no es digno de ella, porque se atreve a arrastrar a Apolo, que le mató al padre, para castigarlo por eso (1666-1667). El contraste es claro: Orestes nos es presentado en plena pureza apolínea; Neoptólemo, reducido al grado más hondo dionisiaco-aquileo.

La exposición de Eurípides tiene en esta cuestión tanto mayor peso cuanto que en el *Orestes* lleva a término la lucha del telurismo con el derecho paterno apolíneo de una manera del todo correspondiente a la concepción esquílea: contrapone con igual nitidez el [†] masculino y el [†] femenino (544-556), reconoce la culpa de Orestes desde el punto de vista del derecho antiguo (556; *Electra* 1051), destaca el vínculo exclusivo de las Erinias con la maternidad de la tierra y con la expiación del matricidio (575-577; *Electra* 1294-1298; cf. *Serv. Aen.* 3, 212), describe con la mayor claridad el [†] —lo justo— femenino, que se mueve en la dualidad, del viejo derecho terreno y sanguinario (490-510), y frente a todo eso pone al dios délfico como el destructor consciente del telurismo anterior, como el héroe solar victorioso de una religión nueva, puramente paterna. Porque Neoptólemo no alcanza su cumbre, tiene que dejarle Hermíone a Orestes. El doble cortejo de los dos héroes no encierra, pues, contradicción alguna, sino un desarrollo: el progreso de un grado más hondo al grado supremo del derecho de la luz. Hermíone se remonta por Helena a Leda, la gran madre del huevo, y por eso se la llama ella misma «*Ledaea virgo*» (*Aen.* 3, 328). Con eso aquella unión sucesiva con Neoptólemo y con Orestes queda elevada a su

máxima significación. Aparece ahora como la purificación sucesiva del [†] femenino, que, pensado primero en su materialidad hetárica, es elevado luego, primero por el principio conyugal dionisiaco y después por el apolíneo, a mediador de la más pura paternidad de la luz.

§ 119

Elis

Entre los países ginecocráticos, Elis ocupa un lugar sobresaliente. A la vez se lo menciona como sede particular del culto dionisiaco. Con eso queda prescrito un orden determinado para nuestra consideración siguiente: hemos de considerar primero la ginecocracia antigua y después la dionisiaca de los eleos. Los testimonios sobre la primera se refieren en parte a las tierras bajas que recorre el Peneo —[†] o [†]—, en parte a la Pisátide, la parte meridional de la comarca, con el río Alfeo y Olimpia, y en parte, por último, a Trifilia. Según Estrabón 8, 354, las relaciones de poder de esas tres comarcas fueron distintas en distintas épocas. El esplendor de Pisa se anuda a Pélope el aqueo, sucesor de Enómao; la Pilos trifilia llega a mayor significación bajo los Nestóridas; **Elis, en cambio, ganó desde el retorno de los etolios epeos, aliados con los Heraclidas, una importancia preponderante. Augías sometió tan por completo a los restos del pueblo aqueo (Paus. 5, 4) que incluso en la tradición Elis y la Pisátide fueron confundidas repetidas veces, y Enómao y Pélope fueron asignados a la primera, Augías a la segunda** (Estrabón 8, 356; Escol. Pínd. *Ol.* 1, 28). Al final, observa Estrabón 8, 355, desaparecieron la Pisátide, el pueblo de los caucónes y la misma Pilos hasta el nombre, sobre

todo desde la caída de Mesene; los restos de Pilos pasaron a Lepreo. **Hablaremos primero de Elis, después de la Pisátide y por último de Trifilia.**

La empresa de Heracles contra Augías nos muestra la ginecocracia de los epeos eleos (cf. Estrabón 8, 341) en varios rasgos dignos de atención. El mito, tal como lo transmite Pausanias 5, 1, 2 y 3, cuenta que Augías, rey de los epeos (Estrab. 8, 338), había entregado la defensa de su tierra contra Heracles al tesalio Amarinceo y a los hijos de Áctor, Éurito y Cteato, de estirpe indígena. Cuando le resultó imposible a Heracles vencer su valentía, recurrió a la violencia secreta. Los Actoridas fueron muertos a traición en Cleonas, cuando partían hacia los juegos ístmicos. Molíone, la madre, no cesó de perseguir al asesino. Cuando supo que estaba en Tirinte y hubo exhortado en vano a los argivos a prohibir a su conciudadano toda participación futura en los juegos ístmicos, pasó a imponer ella misma la prohibición a los eleos y a cubrir con su maldición a todos los que obraran contra ella; por eso los eleos se abstuvieron en todo el tiempo siguiente de participar en los Ístmicos. Más tarde emprendió Heracles, al frente de una tropa de argivos, tebanos y arcadios, una segunda expedición contra Elis, saqueó y asoló la comarca, y aunque perdonó a Augías, trasladó el gobierno a su hijo Fileo, que se le había mostrado amigo desde el principio. Entonces sucedió que las mujeres eleas, al advertir el escaso número de los hombres, hicieron voto a Atenea de que si ella les concedía el embarazo ya en la primera cópula, le levantarían un templo bajo el nombre de [†] —Atenea Madre—; y que, cumplido ese ruego, lo hicieron. El lugar donde tuvo lugar la cópula, así como el río que pasa por allí, recibieron el nombre de [†]

—Bádinge—, de [†] —el placer—, por el goce que en aquel encuentro sintieron tanto los hombres como las mujeres. Después del alejamiento de Heracles, ordenó Fileo los asuntos del país. Pero al marcharse él a Duliquio y morir Augías en edad avanzada, pasó el gobierno a Agástenes, un hijo de Augías, y a Anfímaco y Tálpio, dos hijos de Éurito y Cteato habidos de las dos hijas del rey olenio Dexámeno: Terónice dio a Cteato a Anfímaco, y Terófone dio a Éurito a Tálpio (Eustacio a *Hom.* t. 1, 245, ed. Lips.). Anfímaco halló la muerte ante Ilión. Por amistad con él dio Polixeno, hijo de Agástenes, a su propio vastago el mismo nombre. De este segundo Anfímaco descende aquel Eleo bajo cuyo gobierno los etolios, unidos a los Heraclidas, irrumpieron en el Peloponeso. A los hijos de Aristómaco les había sido dado el oráculo de que eligieran como guía de su expedición al de los tres ojos. Cuando luego se encontraron con un hombre que llevaba una mula de un solo ojo, reconocieron el sentido del dicho divino. Así se volvió Oxilo el conductor de la expedición, y por su mandato se prefirió la navegación al camino de tierra. En recompensa le cedieron los dorios la comarca elea. Oxilo descendía de Hemón, el hijo de Toante, que acompañó a los Atridas a Ilión; de Toante a Etolo, el hijo de Endimión, hay seis generaciones. Los Heraclidas y los reyes etolios estaban emparentados en sangre, porque Hilo y Toante fueron engendrados por dos hermanas. Oxilo había tenido que abandonar Etolia a consecuencia de un homicidio: su disco tocó a su propio hermano Termio. Hasta acá Pausanias 5, 1, 2 y 3.

Nuestra tarea consiste ahora en destacar y explicar, del relato transmitido, aquellos rasgos en los que la concepción

ginecocrática se destaca de modo particular. Digno de atención es, antes que nada, el nombre de los dos hijos de Áctor: se llaman Moliónidas por la madre (Paus. 8, 14, 6: [†]; Pausan. 5, 2; Apolod. 2, 7, 2; Píndaro, *Ol.* 11, 28-29 y 39; Escol. Boeckh, p. 246: [†]; Plut. *de frat. am.* 1). **Homero** (*Il.* 11, 749) **une el nombre del padre y el de la madre, [†]; en otro lugar** (*Il.* 23, 638) **se contenta con el primero. Si en esto ya es visible una desviación del uso originario, la falta de comprensión se destaca mucho más en Eustacio** (t. 1, 243; t. 3, 82, ed. Lips.), pues éste observa que la referencia del nombre Molíone ([†]) a la madre no bastaba a los intérpretes anteriores, [†].

Ibo el poeta lírico hace salir a los Moliónidas de un huevo de plata, igual que a los Dióscuros (Athen. 2, 50; Eust. *Il.* 23, 638: [†]; cf. Escol. *Il.* 11, 709; Ovid. *M.* 8, 308; Schneidewin, *Delect. poes. Gr.* p. 340; Aristarco, y sobre su explicación Welcker, *kleine Schriften* 2, cxii-cxvi: un tratado de cuyo modo de concebir me aparto casi por entero). **En el nacimiento del huevo, en la comparación con los Dióscuros y en la naturaleza lunar de la madre se destaca significativamente el principado de la feminidad.** Si según Plutarco, *de frat. am.* 1, y el Escol. *Il.* 11, 749, los Moliónidas fueron considerados en su lucha común contra Heracles y en su muerte común como ejemplo particular del amor entre hermanos, y también en esta relación fueron puestos en la misma línea que los Dióscuros y sus [†] —los dokana— unidos por dos maderos transversales (Liv. 40, 8; *Et. m.* [†]), el «sororium tigillum» de los romanos, **tenemos un ejemplo nuevo de la unión íntima que liga entre sí a los [†]** —hermanos de un mismo vientre— (cf. Platón, *Menexen.* pp. 237-238).

En el relato de Pausanias 5, 2 es la madre, Molíone, la que toma a su cargo la venganza de sus hijos asesinados. El padre pasa del todo a segundo plano. La madre indaga al asesino; la madre pronuncia también la maldición sobre todos los eleos que en adelante visitaran los juegos ístmicos. Aparece como la Erinia vengadora, resuelta a mantener la maternidad violada en los hijos, tal como según el segundo libro de la historia arcadia de Demarato (en Plut. *Parallel. min.* 16) es la madre la que lleva al castigo a Critolao, el asesino de su hija. **La ginecocracia que se destaca en todos estos rasgos aparece, por la unión de Molíone con Áctor, también en este punto como consecuencia del grado religioso poseidónico-telúrico.** Ferécides, en el Escol. a II. 11, 709, nombra a Poseidón como padre de los Moliónidas: [†]. **Si en este punto el mismo Áctor es hecho [†] —padre y madre a la vez— de los jóvenes, hay en eso una nueva manifestación del derecho materno,** como ciertamente el mismo Áctor nombra la ciudad fundada por él con el nombre de su madre, [†] (Paus. 5, 1, 8; cf. 6, 21, 6; Estrabón 8, 341).

Qué significación tiene la paternidad de Neptuno («Lar omnium cunctalis» en Marciano Capela), **lo muestra Servio Aen. 3, 241:** «Secundum Milesium Thaletem omnia ex humore procreantur. Hinc fit, ut quotiescumque desunt parentes, redeatur in generalitatem. Sic et peregrinos Neptuni filios dicimus, quorum ignoramus parentes» —según Tales de Mileto, todas las cosas se engendran de la humedad; de ahí viene que cuantas veces faltan los padres se vuelva a la generalidad; así también llamamos hijos de Neptuno a los extranjeros, cuyos padres ignoramos—. Cf. el proemio ístmico de Píndaro en Boeckh, p. 514 al final. **Una designación así, del todo general, de la masculinidad que engendra es Áctor** (cf. Hig. f. 102 en Lemnos; Paus. 9, 37, 3 en Orcómeno; Escol. Pínd.

Ol. 9, 107 en Tesalia, padre de Menecio) o aquel Prolao que en otra variante de la saga (Paus. 5, 2) es puesto a su altura. Áctor mismo se remonta a Epeo, y ciertamente otra vez por la madre. Pues Epeo no tiene hijos, sino sólo una hija, aquella Hírmene, según la cual el hijo nombra la ciudad fundada por él. Si seguimos la genealogía de Epeo todavía más atrás, se nombra como padre a Endimión y como antepasado a Eetlio. Este, empero, es hijo de Protogenia, la hija de Deucalión, de modo que Epeo entra en el «genus Pyrrhae» y en el linaje pétreo de los hijos de madre, el que según Aristóteles se llama [†] (Paus. 5, 1 y 2; Apolod. 1, 7, 5 y 6). Así nos conduce el derecho materno que se destaca en los Moliónidas —y que Welcker explica diciendo que «el destino de ellos pendía de la madre»— al sistema epeo, y por él al deucaliónico-lelégico; y con éste entran en conexión Tesalia (Paus. 5, 1, 8; Estrab. 8, 340 y 349 al final), Creta (Paus. 5, 7, 4; 5, 8, 1; 5, 25, 5; 6, 20, 5) y, como veremos más adelante, los minias eolios (Estrab. 8, 337, 347 y 356; Paus. 5, 6, 2; 6, 26, 2; Herod. 4, 148; Eustacio a Dionis. 409).

El grado religioso al que pertenece el derecho primero de Elis muestra todos aquellos rasgos que hemos encontrado como cortejo regular de la ginecocracia: el traslado de la fuerza masculina al elemento poseidónico, la elevación de lo ctónico al telurismo lunar y, por último, la prevalencia del mundo que deviene sobre el que es, del dualismo de una doble fuerza pensada en pareja gemela, que a la vez crea y destruye (*Il.* 23, 641), sobre la unicidad de la región solar. Cf. Paus. 5, 1, 7; Ferécides en el Escol. a *Il.* 11, 709.